

# Autoconocimiento, lingüística de la oralidad y hermenéutica del texto<sup>1</sup>

*John Fredy Lenis*  
Universidad de Antioquia  
(Medellín, Colombia)

La autoconciencia ha sido reformulada a partir de los trabajos sobre el lenguaje desarrollados en el siglo XX, con los cuales se ha convertido en conocimiento mediado de sí: por una parte, como conocimiento narrativo-escritural y, por otra, como saber conversacional; se encuentran así dos grandes perspectivas de la contemporaneidad, a saber, la hermenéutica (Ricoeur) y la lingüística (Ong y otros). Este artículo busca entonces esclarecer la dialéctica entre oralidad y escritura como tensión discursiva propia del proceso de autoconocimiento. Para ello se distinguirán dos momentos: el relato oral y escrito de sí, y el ejercicio autonarrativo como acontecimiento discursivo.

**Palabras clave:** autoconocimiento, oralidad, escritura, lingüística, hermenéutica, discurso.

## **Self-Consciousness, Linguistics of Orality and Text Hermeneutics**

Self-consciousness has been redefined in light of Twentieth Century linguistic studies. Thanks to this, self-consciousness has become mediated knowledge: on the one hand, as written and narrative knowledge; On the other hand, as conversational knowledge. As a result, two important perspectives of modernity meet, namely hermeneutics (Ricoeur) and linguistics (Ong and others). Thus, our goal is to elucidate the dialectics between orality and writing, understood as the discursive tension that characterizes the process of knowing oneself. In doing this, two moments are distinguished: the oral and written accounts of oneself, and the self-narrative exercise as a discursive event.

**Keywords:** self-knowledge, orality, writing, linguistics, hermeneutics, discourse.

---

<sup>1</sup> Este artículo se deriva de la investigación "Autocomprensión y orientación existencial. Se trata de un estudio a partir de la fenomenología hermenéutica de Paul Ricoeur", realizada de enero de 2002 a enero de 2004 por John Fredy Lenis C. bajo la asesoría de Luz Gloria Cárdenas en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. La investigación fue financiada por una beca para estudiantes de postgrado de la Universidad de Antioquia.

### **Autoconnaissance, linguistique de l'oralité et herméneutique du texte**

L'autoconnaissance a été reformulée à partir des travaux sur le langage développés pendant le XXe siècle. Avec ces travaux, elle s'est transformée en connaissance médiée de soi-même : d'un côté, elle est connaissance de nature narrative et écrite ; et, d'un autre côté, elle est un savoir conversationnel. En conséquence, deux grandes perspectives de la contemporanéité se sont rencontrées : l'herméneutique (Ricoeur) et la linguistique (Ong, et d'autres auteurs). Cet article vise donc à élucider la dialectique entre l'oralité et l'écriture vue comme tension discursive propre du processus d'autoconnaissance. Pour ce faire, on distinguera deux moments : le récit oral et écrit de soi ; et l'exercice autonarratif comme événement discursif.

**Mots clés :** autoconnaissance, oralité, écriture, linguistique, herméneutique, discours.

A partir del giro lingüístico, la filosofía del siglo XX reafirmó la importancia del lenguaje en los procesos de comprensión y explicación de los fenómenos. La hermenéutica no fue la excepción en esta campaña pro-lingüística y el problema del conocimiento de sí mismo tampoco escapó a este enfoque. Recordemos que en la época moderna este problema fue resuelto a través de un concepto ya clásico, el de autoconciencia. De la mano de Descartes su definición tenía que ver con la idea de una conciencia transparente e inmediata ("clara y distinta") para sí misma —con el sesgo marcadamente epistémico (no práctico) que la caracteriza, esto es, la descripción de la conciencia en tanto "cosa pensante" y cognoscitiva— y formulada como solución frente a la duda hiperbólica sobre las cosas. En la contemporaneidad, fruto de las discusiones que sobre aquella conciencia moderna o autoconciencia epistémica inmediata hicieron los tres grandes "maestros de la sospecha"<sup>2</sup>: Marx, Nietzsche y Freud, se plantea la vía para salir de la duda sobre la conciencia —camino en todo caso nunca totalmente efectuado y en este sentido tarea infinita— como una "exégesis de sentido":

A partir de ellos, la comprensión es una hermenéutica: buscar el sentido, en lo sucesivo, ya no es deletrear la conciencia del sentido, sino descifrar sus expresiones ...

---

<sup>2</sup> Término acuñado por Ricoeur y muy utilizado actualmente en los medios académicos (cf. Ricoeur, 1999, p.147 y ss).

Lo esencial es que los tres crean, con los medios a su alcance, es decir, con y contra los prejuicios de la época, una ciencia mediata del sentido, irreductible a la conciencia inmediata del sentido. (Ricoeur, 1999, p. 148)

De este modo autocomprensión viene a significar exégesis de sentido o ejecución del arte de interpretar en el campo de la propia existencia, esto es, una elaboración del sentido de su hacer<sup>3</sup>, su obrar, su padecer y su valorar realizada siempre de manera intersubjetiva. La tarea milenaria heredada del oráculo delfico —“¡conócete a ti mismo!”— es asumida entonces como hermenéutica de sí mediada por los símbolos, el discurso, las obras, el relato, la historia, los juicios, proyectos y demás seres humanos. En esta línea, comprender es precomprender según el concepto gadameriano de “Tradición”, tratándose de una autocomprensión que no se reduce a una interpretación solipsista y que trasciende la separación epistémica clásica entre sujeto y objeto. Comprender la existencia —en cada caso mía— es una tarea en cierto modo intransferible y atravesada por el horizonte que es dado al sujeto en el seno de su propia historia y cultura. Sentido socialmente mediado que se conforma, en todo caso, en la medida que es desplegado. Pero ¿cómo se efectúa este despliegue?, ¿cómo se lleva a cabo esta interpretación?, ¿cuáles son sus rasgos fundamentales?, ¿qué tipo de dinámica temporal implica?; en suma, ¿cómo desarrolla el ser humano una autocomprensión ética, esto es, una conciencia de sí en tanto ser que actúa, elige, valora, padece, anhela, decide y proyecta? El filósofo francés Paul Ricoeur responde esta pregunta diciendo que el sujeto realiza la autocomprensión en la medida que se narra, en la medida que relata su existencia. Ésta, en tanto vida mediada lingüísticamente, se objetiva a la manera de un texto construido sobre la historia personal. Ahora bien, esta respuesta parece insuficiente ante la exigencia de explicación y argumentación que puede recaer una y otra vez sobre esa historia cada vez que un oyente o lector reclama aclaración de motivos, causas, circunstancias, desenlaces, etc.; por ello se hace necesario distinguir tres niveles del análisis. El primero estaría dado por lo que constituye una identidad discursivo-narrativa,

---

<sup>3</sup> Hacer que también incluye la construcción lingüística y verbal. Ya Cassirer bien había explicado el carácter simbólico de la existencia humana en su monumental obra *Filosofía de las Formas Simbólicas*. Para una versión menos extensa de su planteamiento puede verse su texto *Antropología filosófica* (1996). Precisamente Ricoeur se basa en esta elaboración de lo simbólico para explicar el carácter mimético del relato o *mimesis*, que en su primer nivel es llamada también momento de la prefiguración (cf. Ricoeur, 1987, pp. 123-127).

el conocimiento del sujeto a través de la narración de su existencia. El segundo sería la identidad propiamente ética: la que se debate a través de las distintas valoraciones y argumentaciones morales que sobre esa historia personal cualquiera puede hacer. Esto podría ilustrarse mejor con la analogía del juicio penal. En éste el veredicto final surge a partir de un debate que tuvo como piso la reconstrucción de la historia del suceso en cuestión. La cual, a su vez, revela, no sólo decisiones, circunstancias e interacciones con otros, sino también la personalidad del enjuiciado. El tercero sería la orientación existencial o proyecto de vida que el sí mismo elabora a partir de este relato y valoración compartidas de sí ayudado por la imaginación y la metáfora. En este artículo se tratará el primer nivel, la configuración discursivo-narrativa de la identidad y su carácter marcadamente dialéctico, dado por la tensión entre oralidad y escritura. De entrada bien podría pensarse que los conceptos de autobiografía y diario bastarían para explicitar el tipo de configuración a la que se hace referencia. Pero este no es el caso, como se mostrará en lo que sigue. Se procederá entonces a explicitar, en un primer momento y tomando un poco de distancia respecto a la hermenéutica del texto, la diferencia entre un relato oral y un relato escrito de sí, lo cual llevará a incursionar en el clásico debate que otras disciplinas —especialmente la lingüística— han sostenido en torno a la oralidad y la escritura. Sin embargo, como el sí mismo participa de un contexto signico y simbólico que lo sitúa en la historia de una tradición lingüística mucho más amplia y compleja que las perspectivas que la estudian, y lo que interesa es precisar el fenómeno del autoconocimiento como mediación lingüística a través de la narración de sí, se terminará con la propuesta de un concepto que pueda abarcar ambas modalidades de autocomprensión: el ejercicio autonarrativo como acontecimiento discursivo.

### **RELATO ORAL Y ESCRITO DE SÍ**

¿La autonarración tiene que ser escrita o de lo contrario “uno no tiene ningún relato textual de su vida”? (Ricoeur, 1999, p. 178). La fijación asociada a la idea de texto se muestra en contravía de la dinamicidad propia de la existencia, a diferencia de “la conversación [que] siempre está en camino” (Mejía, 2003, p. 268) y en la que los personajes no son posiciones fijas sino “fases relativas de un problema” (p. 269). La

inscripción de la acción en el reservorio social a través de las huellas y los documentos, su carácter proposicional y discursivo, su independencia con respecto a los agentes y sus efectos impredecibles hacen de la existencia efectivamente un tipo de texto<sup>4</sup>. Esta analogía, sin embargo, parece suspender el contexto y poner por encima de él el mundo de la escritura pues el texto escrito, en la teoría ricoeuriana, es el que mejor realiza el principio de la objetivación a través del cual es efectuada la actitud de poner a distancia lo vivido.

Esta distanciamiento se acentúa en la escritura, de modo que Ricoeur llega a identificar el texto con el discurso escrito, aunque es consciente de que la palabra hablada ha sido primero. Lo que el texto fija en la escritura es un discurso que se habría podido pronunciar, pero que, como no ha sido así, ha de escribirse y leerse; el lector pasa a ocupar el lugar del interlocutor y la escritura sustituye a la locución y al locutor. (López, 1997, p. 235)

En esta línea de pensamiento, el paradigma del texto escrito ha ido cobrando una gran fuerza, al punto de no tener en cuenta que “ ‘texto’, de una raíz que significa ‘tejer’, es, ..., etimológicamente más compatible con la expresión oral que ‘literatura’, la cual se refiere a las letras en cuanto a su origen (*literae*) del alfabeto” (Ong, 1999, p.22). En la práctica, casi se ha restringido el concepto de interpretación al trabajo sobre el *corpus* literario con el riesgo de reducir la función de lo escrito a la fijación de lo que circula oralmente. Incluso el registro tecnológico de la oralidad –grabaciones o archivos de vídeo– apunta, en todo caso, a una fijación similar a la realizada por la escritura. Esto puede obedecer a un afán marcado por un particular prejuicio epistemológico: “lo oral es efímero, inaprensible, y parece que, por lo tanto, no se puede constituir en objeto de estudio; mientras que lo escrito está ahí, como un producto acabado, a disposición de quien quiera investigarlo” (Tusón, 1997, p.13); la idea de la verdad como algo permanente choca con esa supuesta fugacidad de lo hablado, pues se supone que una conciencia atada a la oralidad y, por tanto, a la ambivalencia, sin verse restringida por el principio de no contradicción no puede ser válida; y con ello la fluidez de la palabra hablada fue sustituida por la imagen del ordenamiento fijo y lineal de las palabras escritas, separables. Cabe entonces hacerse

---

4 Cf. Ricoeur (1985, p. 55; 2002, pp. 26,162, 176-177).

la pregunta, siguiendo a Ong (1999), sobre si el surgimiento tardío de la escritura causó cambios fundamentales en las relaciones de los hombres con el discurso. Ahora bien, no hay que olvidar que formular la relación oralidad-escritura en términos de que una fue primero que la otra puede llevarnos a creer, como advierte Olson (1999), que el lenguaje escrito es la transcripción del habla, y más bien hay que admitir que sólo una parte de lo que decimos pasa fielmente a los textos (fonemas, lexemas y sintaxis) y el modo, el tono, la fuerza y las intenciones quedan subrepresentados. En todo caso, la escritura fue inventada para comunicar, no para representar de manera idéntica el habla. Por ello no se trata de hacer un estudio que las polarice sino un análisis que las diferencie sin olvidar sus nexos. La distinción habla<sup>5</sup>-escritura no es entonces un problema superfluo, “ni se puede escribir como se habla ni se puede hablar como se escribe” (Tusón, 1997, p. 17), sus formas de producción, manifestación y funcionalidad son en gran parte diferentes aunque compartan un mismo sistema lingüístico. No se trata de responder si la oralidad es la manifestación de una conciencia “analfabeta” radicalmente distinta a la mentalidad alfabetizada. La intención apunta a describir el despliegue oral de la autonarración en contraste con su ejecución escrita, preguntándose “si el pensar oral acaso [sea] un poco diferente del pensar textual” (Havelock, 1996, p. 61) sin llegar a la conclusión de que son modos excluyentes y sin ninguna relación productiva pues ambos pertenecen al fenómeno amplio de la comunicación humana. Así tampoco se tomará partido por la narrativa oral subvalorando la escrita, poniendo atención a los casos en que ésta “parece representar *mal* el habla” (Harris, 1999, p. 138); se intentará más bien ampliar la caracterización de la primera debido a su importante papel en la comprensión dinámica de sí. La definición misma de texto dada por Ricoeur nos lleva directamente a esta problemática.

---

<sup>5</sup> Habla que es necesario diferenciar al menos en dos niveles. El de la oralidad —que a su vez puede definirse como primaria, esto es, “la de personas que desconocen por completo la escritura” y secundaria— y el de la conversación reflexiva (Ong, 1999, p. 15). En este trabajo interesa sobre todo este último. Ambos tipos de oralidad, primaria y secundaria —siendo esta última aquella que opera en individuos o grupos alfabéticos—, comparten varios aspectos comunes: “su mística de la participación [estar en medio de], su insistencia en un sentido comunitario, su concentración en el momento presente, e incluso su empleo de fórmulas [frases hechas, clichés, recitaciones, etc.]” (p. 134). El uso de un trabajo que se concentra preferentemente en la oralidad primaria para contrastarla con la escritura, como es el caso del clásico libro de Ong, en el marco de esta indagación, obedece precisamente a los rasgos comunes de ambos tipos de oralidad. Éstos se convierten en un recurso de primer orden para analizar lo que sea un ejercicio autonarrativo principalmente dialógico.

Llamamos texto a todo discurso fijado por la escritura. Según esta definición, la fijación por la escritura es constitutiva del texto mismo. Pero, ¿qué es lo que fija la escritura? Dijimos: todo discurso. ¿Significa esto que el discurso primero debió ser pronunciado física o mentalmente?, ¿que toda escritura fue primero, al menos potencialmente, un habla? En síntesis, ¿qué se debe pensar de la relación del texto con el habla? (Ricoeur, 2002, p. 127)

Es necesario decir entonces, tratando de evitar el riesgo de convertir el movimiento y dinamismo del habla en la rigidez del signo escrito, que el relato de sí obedece a un tipo de narración que no se restringe necesariamente a una forma escrita fija. El ejercicio autonarrativo se conforma a la manera de ensayo y error, nueva verbalización y repetición, elaboración y corrección, planificación e improvisación, como actividad permanente e inacabable.

El 'autor' [de un texto escrito] puede leer las historias de otros en la soledad, puede trabajar con apuntes, puede incluso esbozar un relato antes de escribirlo. A pesar de que la inspiración sigue derivándose de fuentes inconscientes, el escritor puede someter la inspiración inconsciente a un control consciente mucho mayor que el narrador oral. El escritor tiene acceso a sus palabras escritas para la reconsideración, revisión y demás manipulaciones, hasta que finalmente se dejan en libertad para efectuar su labor. (Ong, 1999, pp. 144-145)

El relato oral, por su parte, tiende a ser breve, intermitente, inacabado, fugaz, rectificable, cotidiano; "el sonido se resiste a la reducción a un 'objeto' o 'icono': es un acontecimiento continuo" (Ong, 1999, p. 156); mientras que el escrito se caracteriza por la posibilidad de una mayor extensión y permanencia. Por ello la figura emblemática del ejercicio autonarrativo no es la autobiografía o el diario. La primera se asocia con un momento final de la existencia y con un talante de importancia que acompaña al protagonista del relato que, simultáneamente, es el narrador; el ejercicio autonarrativo pretende, en cambio, tener una presencia constante a través de la vida y de la vida que contamos todos y cada uno de los seres humanos, haciendo parte de los logros de la cultura oral y la conversación. La temporalidad dinámica de este ejercicio se adecua notablemente a la cinética propia de la temporalidad de la

existencia, en tanto que géneros como la autobiografía y el diario pueden simular una especie de completud, carácter concluido o consumado mientras que la trama sobre la vida puede tejerse de varias maneras. Además, mientras que el diario y la autobiografía constituyen, en principio, un tipo de acercamiento solipsista con respecto a lo vivido, el ejercicio autonarrativo se desarrolla en una atmósfera dialógica posibilitadora de una conciencia crítica y reflexiva, mediada por el tamiz de los conceptos y valoraciones del otro constituido en representante de la cultura socialmente sedimentada a la vez que su reformador crítico. Como actividad en la que el ser humano se asume como testigo de sí mismo, como intérprete que se coloca a distancia de su presente para reflexionar sobre su pasado y las posibilidades de su futuro, “el arte narrativo confirma la primacía de la tercera persona en el conocimiento del hombre” (Ricoeur, 1996b, p. 223), en este caso de sí mismo.

Este ejercicio tampoco obedece necesariamente al orden de la composición narrativa escrita convencional (comienzo, parte intermedia, final) aunque la interacción comunicativa misma pueda estructurarse en tres bloques (de apertura, central y final o de cierre); más bien puede estar determinada por la intención de mantener la atención, expectativa y curiosidad del oyente; abocarse a contar el desenlace describiendo luego las acciones-causas que lo produjeron o situar al oyente en medio de la acción central; en fin, puede iniciar el relato por cualquier parte yendo y viniendo de un punto a otro, dejándose llevar por la libre asociación que una palabra le genera, distrayéndose en los recovecos de esas asociaciones a veces laberínticas, necesitando del oyente para que, como el hilo de Ariadna, lo guíe y le permita de nuevo reordenar los acontecimientos, ampliándolos, explicándolos, respondiendo a las preguntas del interlocutor, pues en la vida de las personas no se encuentran tramas lineales perfectas. Esta selección y asignación de importancia también está mediada por la intervención del que sigue la historia; para el narrador la magnitud del impacto de un evento al desenvolvimiento de la historia relatada puede estar en muchas ocasiones fuera de vista. El llamado de atención del otro despeja esta falta de claridad y ayuda a recomponer los episodios de la trama.

Además, en su modo conversacional reflexivo, el trabajo analítico de lo dicho es menor que en su forma escrita pues el análisis abstracto, ordenador, explicativo y sucesivo puede ser mayor a través de la escritura

y la lectura, dada la fugacidad de lo que acontece en el diálogo. Con la fijación dada por la escritura, el intérprete puede devolverse una y otra vez sobre lo dicho para recomenzar su trabajo hermenéutico de disección de las partes que componen el texto. En lo hablado siempre cabe la posibilidad de no aprehender lo dicho, olvidándolo o incluso desatendiéndolo.

Fuera de la mente no hay nada a qué volver pues el enunciado oral desaparece en cuanto es articulado. Por lo tanto, la mente debe avanzar con mayor lentitud, conservando cerca del foco de atención mucho de lo que ya ha tratado. La redundancia, la repetición de lo apenas dicho, mantiene eficazmente tanto al hablante como al oyente en la misma sintonía. (Ong, 1999, p. 46)

La sintaxis también es más rígida y estricta en la expresión caligráfica del autoinforme toda vez que el significado depende más de la estructura de lo escrito, ya no está el contexto original del habla ni el conjunto de factores anexos como ambiente o estado anímico que lo redondeaba. En este sentido el interlocutor exige del autonarrador oral seguir unas pautas mínimas en el discurso a la hora de la interacción dialógica: su demanda puede reducirse a la exigencia de una claridad temática, “¿se organizará el autoinforme en torno al amor, el deber, la autoconfianza, la vergüenza, una búsqueda frustrada de la verdad moral o alguna otra cosa?” (Bruner & Weisser, 1995, p. 182); la seriación ordenada de los acontecimientos a pesar de los saltos que puedan darse por el funcionamiento de los sobreentendidos, gestos, señas; la alusión precisa a los interactuantes o personajes —incluso sin nombrarlos—; la aclaración de las intenciones; la distribución rítmica del turno de la palabra; el uso de un marco de referencia compartido que permita hacer las interpretaciones tanto de lo dicho como de lo silenciado. Empero, estas pautas no le quitan el carácter “de intercambio espontáneo, variado, flexible, expresivo y momentáneo” (Havelock, 1996, p. 96); su inmediatez procura una impredecible transformación de lo que se iba a decir según un plan, exigiendo el despliegue del factor creador. En el lenguaje hablado se exige una agilidad de respuesta y una velocidad de reacción que es ajena al escrito, las preguntas y las reacciones tenidas por el otro no se pueden prever con exactitud porque las propias enunciaciones y gestos son, en gran parte, impredecibles. Nos hallamos en el “panorama

viviente de la experiencia y de su incesante fluir” (p. 131), su concreción y particularidad escapan a cualquier intento de previsión absoluta. El arte retórico y dialéctico como lógica de la discusión se ponen a prueba en el cara a cara. “Es el criterio cinético, sin embargo, lo que distingue la comunicación escrita de la gestual” (Harris, 1999, p. 62) y hablada. La cinética y el dinamismo propios de esta situación son inimitables por el escrito planificado. Éste radicaliza la autonomía del texto posibilitando su recontextualización en situaciones distintas a las de su producción a través del acto de leer. Con la escritura aparece además la posibilidad de que el discurso se extienda “virtualmente a cualquiera que sepa leer” (Ricoeur, 2002, p. 105). La paradoja está, como bien lo señala Ong (1999), en que la rigidez del texto escrito, su muerte como conversación, es la que permite que pueda ser reactivada en nuevos contextos vivos por nuevos lectores. Para Ricoeur (2002), la consecuencia más importante de esta distanciamiento es que “lo escrito se libera de los límites del diálogo cara a cara y se convierte en la condición del *devenir texto* del discurso” (p. 33), dándose con ello “definitivamente punto final al ideal cartesiano, fitcheano y, en parte también husserliano, de la transparencia del sujeto para sí mismo” (p. 33). Por ello la voz del narrador debe tomar distancia asumiendo la voz de la tercera persona. Pero

¿dónde es más manifiesto este reinado de la cosa dicha sobre los interlocutores que cuando la Sprachlichkeit deviene Schriftlichkeit; dicho de otra manera, cuando la mediación por el lenguaje deviene mediación por el texto? Lo que nos permite entonces comunicar en la distancia es la cosa del texto, que no pertenece ni a su autor ni a su lector.

Esta última expresión, la cosa del texto, me conduce al umbral de mi propia reflexión. (p. 94)

El texto es para mí mucho más que un caso particular de comunicación interhumana; es el paradigma del distanciamiento en la comunicación y, por eso, revela un rasgo fundamental de la historicidad misma de la experiencia humana: que es una comunicación en y por la distancia. (Ricoeur, 2002, p. 96)

Si el texto escrito se autonomiza respecto a la intención de su autor hay que decir que en el ejercicio autonarrativo, como relato oral, texto e intención se sueldan debido a que el mismo agente es el narrado. Sin embargo la función de distanciamiento viene dada por el papel del

interlocutor: la objetivación de la propia existencia ante alguien provee al relato construido la ocasión de una contrastación y una confrontación; el sí mismo y el otro entran en una dinámica relato-juicio que lleva al agente-narrador al papel de espectador-juez a través de la presencia y la mirada del otro, que, en suma, es una valoración. La presencia de éste saca al narrador, una y otra vez, de los límites estrechos de su individualidad justificadora poniéndole frente a un espejo que, a la manera de corrector y de crítico, le evidencia las interpretaciones subjetivistas y amañadas de su relato. La rechazada congenialidad autor-lector, fruto de la crítica a la herencia romántica de la hermenéutica, se reivindica aquí de otra manera: el afecto se convierte en un poderoso factor persuasivo y la empatía acerca el juicio crítico al ámbito de lo que es importante para el narrador. De este modo, la relación entre éste y su relato está mediada por la intervención crítica pero cercana del oyente.

La inscripción que hace la escritura del discurso opera, además, un doble ocultamiento: el lector no está presente en el momento de la escritura, ni el escritor está en el momento de la lectura. El texto se interpone y corta el diálogo. Ya no hay preguntas y respuestas entre los dos interlocutores, como sucede en la relación directa de la conversación. Lo que está ahí para ser leído es el texto, no su autor, éste ya no está para aclarar o explicar mejor lo que quiso decir cuando escribió. La disposición del cuerpo a través de la mirada que lee se aísla a diferencia del oyente que queda envuelto en la unión con lo dicho; “la vista aísla; el oído une. Mientras la vista sitúa al observador fuera de lo que está mirando, a distancia, el sonido envuelve al oyente. Como observa Merleau-Ponty, la vista divide” (Ong, 1999, p. 75). En la conversación viva los interlocutores se encuentran *vis à vis*; esta coincidencia ocurre a medida que el sentido de lo dicho se va explicitando cada vez más por la interrupción del oyente que le exige al agente-narrador aclararlo cada vez mejor. “En este caso la explicación es sólo una comprensión desarrollada por preguntas y respuestas” (Ricoeur, 2002, p. 153). Es la distancia entre el decir y lo dicho lo que incluye la explicación en la conversación. Pero ¿es más fácil, por el movimiento espontáneo de la pregunta y la respuesta, la mediación de la explicación en aras de la comprensión en el discurso directo de la conversación? Sí, en tanto discusión puesta en medio de los interlocutores; no, como saber claro y distinto. La cercanía oscurece la visión, la inmediatez de la percepción así como el interés de justificarse

le restan claridad al análisis. Además, la explicación exige conocimientos provenientes de las ciencias del comportamiento no siempre disponibles para los que se aplican al diálogo: mientras menos elementos de juicio se tengan o no se cuente con un andamiaje teórico para explicar, el trabajo analítico será más reducido.

El significado del texto ya no coincide con la intención del autor porque siempre cabrá la pregunta, la interrupción, la petición de aclaración. Lo singular del relato oral es que el autor está ahí para rectificar lo que quiere decir a través del texto que está configurando. Los interlocutores debaten pues, en último término, sobre este significado convirtiéndose así el diálogo en una labor hermenéutica de corrección del sentido de lo que va siendo dicho. Con ello la explicación es un trabajo de dos, a diferencia de la lectura solitaria en la que la interpretación se presenta como monólogo. La narración oral de sí coloca en movimiento la interpretación a través de la dinámica del intercambio pues si bien en el diálogo comprender y explicar casi concuerdan, no lo hacen absolutamente.

Asimismo los actos ilocutivo y perlocutivo son más notorios en el diálogo pues se vive la acción recíproca, el acento, la entonación, el contexto, “el estado de ánimo del hablante, sus reservas y sus dudas, el peso acordado a las diferentes partes de un argumento” (Olson, 1999, p. 119); lenguaje silencioso puesto de relieve en el cuerpo, la mirada, el movimiento de las manos y la postura, el peso de la orden o la súplica, la hipocresía o la franqueza, la atracción y los antagonismos propios de las relaciones interpersonales. El poder del relato escrito no logra que todo ello sea plasmado y transmitido caligráficamente; el uso correcto de los verbos, modos, tiempos, etc., es notablemente apoyado por el lenguaje no verbal en la conversación. Éste se debe utilizar de cierta manera para que el relato signifique y dé a entender preferiblemente lo que su agente intenta decir, ya que cuando se trata de contar la propia vida el juego entre lo que hay que decir y lo que se quiere decir — para justificarse — es obligado y permanente, con el agravante de que mientras

en la escritura, las palabras, una vez ‘articuladas’, exteriorizadas, plasmadas en la superficie, pueden eliminarse, borrarse, cambiarse. No existe ningún equivalente de esto en una producción oral, ninguna manera de borrar una palabra pronunciada: las correcciones no eliminan un desacierto o un error, sino meramente lo complementan con negaciones y enmiendas ... En

la presentación oral, las correcciones suelen resultar contraproducentes, hacer poco convincente al orador (Ong, 1999, p. 105).

A su vez, la referencia del lenguaje al mundo se transforma cuando la escritura suplanta al habla, en lo escrito no necesariamente el asunto al que se hace referencia hace parte del conocimiento común del escritor y el lector. El cambio fundamental consiste, según Ricoeur, en la intersección que se opera cuando se escribe: la referencia al mundo del cual se habla no puede hacerse de manera deíctica; la mostración no es directa. En el relato escrito, a diferencia del diálogo, el mundo del cual trata el discurso no es necesariamente simultáneo ni contemporáneo a los interlocutores. La primacía del aquí y ahora en la conversación es suplantada por una situación y un tiempo no común para los que escriben y leen. Pero ¿acaso en el diálogo es tan simple la mostración de lo que se quiere decir, el sentido es tan inmediato?, ¿qué pasa cuando las situaciones de las que se habla pertenecen a un pasado oculto para el oyente, e incluso difuso (o borroso) para el agente-narrador?, ¿no trasciende el intento de articular el sentido de la existencia a la mera referencia directa o deíctica de ésta? Aunque los problemas hermenéuticos “surgen principalmente en la interpretación de textos escritos” (Olson, 1999, p. 163), cuando hablamos de nuestra existencia en búsqueda de su sentido la construcción de significado demanda una interpretación mediatizada por la lectura-escucha de los otros, la rememoración, las normas culturales para atribuir significado; por lo tanto, no es tan simple ni tan inmediato el sentido de la situación de la que hablan-discuten los interlocutores. En general, el relato oral de sí incluye situaciones, eventos, sucesos no comunes para el agente-narrador y su interlocutor. La referencia a aquéllas no puede ser ostensiva, el oyente requerirá de su imaginación y su capacidad para seguir una historia, para hacerse a la idea de la situación que el narrador le cuenta.

Por otra parte, en la narración escrita de sí se intenta obtener, en general, una correspondencia precisa entre el orden del discurso y el orden temporal de referencia; mientras que en el relato oral, el tiempo de la subjetividad, la experiencia íntima del tiempo es manifestada en su dialéctica permanente entre pasado, presente y futuro pues aquél casi nunca es lineal. Ahora bien, ¿cuál es el fondo común de ambas experiencias, la verbal y la escrita, en el proceso de autoconocimiento?

### EJERCICIO AUTONARRATIVO: ACONTECIMIENTO DISCURSIVO

Si Ricoeur lleva la primacía de lo dicho hacia la figura emblemática del texto escrito, ¿cómo articular la doble vertiente de la primacía de lo dicho (diálogo vivo–texto escrito) sobre un fondo común que permita pensar la hermenéutica narrativa de sí tanto oral como escrita sin tener que optar por una de ellas?, ¿cómo tomar partido por una narrativa oral sin negar la herencia escrita que nos constituye? Esta pregunta es permitida por el mismo tratamiento de Ricoeur

... la cuestión de la escritura, si bien se encuentra en el centro de esta red de criterios, no constituye de ninguna manera la problemática única del texto. No se podrá pues identificar pura y simplemente texto y escritura. Y esto por varias razones: en primer lugar, no es la escritura como tal la que suscita un problema hermenéutico, sino la dialéctica del habla y la escritura; además, esta dialéctica se erige sobre una dialéctica del distanciamiento más primitiva que la oposición de la escritura y el habla y que pertenece ya al discurso oral en tanto discurso. (2002, p. 96)

Así, es el lenguaje como acontecimiento, como discurso, el que funda ambas modalidades. Con este presupuesto del discurso como acontecimiento se apela a la herencia que dicho filósofo asume de la lingüística de Saussure, Hjelmslev y, especialmente, Benveniste, para definir cuatro rasgos esenciales del ejercicio autonarrativo como acontecimiento, a saber:

- a. El carácter temporal del discurso: “se realiza en el tiempo y en el presente” (Ricoeur, 2002, p. 97). Importa subrayar el carácter temporal y *presente* del decir humano. La concreción del discurso en un presente determinado hace de lo proferido —a través del ejercicio autonarrativo— una intervención en el ámbito de la “*intersubjetividad corta*” (esto es, el espacio de las relaciones interpersonales cercanas: familia, amigos, allegados, enemigos, vecinos, etc.). En este sentido se trata de un *decir enmarcado en el devenir temporal de la existencia humana pero siempre localizado y localizable, esto es, datable* para ambos participantes. De este modo lo dicho irrumpe en el transcurrir de la historia (corta) a la manera de un evento más o menos significativo moralmente en el horizonte de una autocomprensión que es fundamentalmente ética —esto es, de lo dicho en la interminable

cadena de la comunicación humana no todo adquiere un talante moral. Podemos hablar por ejemplo, del estado del clima, un encuentro ocasional, un atardecer, etc.—. El ejercicio autonarrativo es pues contemporáneo a los interlocutores.

- b. El carácter referencial del discurso a un agente que aquí es un hablante. En la instancia del discurso el lazo entre lo dicho y el quién es evidente. Es el hablante el que actualiza la lengua, el uso que hace de ella. El ejercicio autonarrativo, como actividad perteneciente al ámbito de la “intersubjetividad corta”, privilegia al agente como hablante. Éste, después de ser actor vuelve a su existencia como locutor y más específicamente como narrador de ella. Actualiza la lengua en tanto, a través de su relato, se instala en el discurso.
- c. El carácter referencial del discurso “a un mundo que pretende describir, expresar o representar” (Ricoeur, 2002, p. 98). El mundo del cual se habla es el propio, ya no se trata de un mundo objetivo por describir a la manera de las ciencias naturales sino del entorno como contexto que le afecta al sí mismo y en el cual éste puede intervenir para la realización de su proyecto o verse imposibilitado por él. El sí mismo se encuentra allí como en-medio-de aunque su papel sea protagónico por ir en busca de autocomprensión y orientación. Los otros, sin embargo, ocupan un papel coprotagónico pues el sí mismo se narra con ellos y de cara a su opinión, acción o testimonio. El mundo se constituye en marco, factor, referente, condicionamiento y situación compartida.
- d. El discurso además está *dirigido a alguien*. El ejercicio autonarrativo es fundamentalmente comunicativo, va dirigido a un lector o a un oyente que, a su vez, es un hablante. La intervención de éste aporta a la comprensión de sí en tanto él está ahí como corrector del autoengaño y la confusión si bien es cierto que también puede contribuir a agrandarlos. Sin embargo, el carácter del discurso consistente en estar dirigido a alguien se radicaliza en el relato oral.

Para hablar hay que dirigirse a otro u otros. Las personas en su juicio no vagan por el bosque hablándole simplemente al viento. Incluso cuando se habla consigo mismo, es preciso simular que se trata de dos personas, pues lo que yo digo depende de la realidad o fantasía de la que creo estar hablando, es decir, de las posibles reacciones que puedo anticipar. Por lo tanto, evito enviar exactamente el mismo mensaje a un adulto que a un niño pequeño. Antes de empezar a hablar, de alguna manera tengo que estar ya en comunicación con la mente a la que he de dirigirme (Ong, 1999, p.170).

En el diálogo vivo se realiza entonces la reconfiguración permanente del sentido de la existencia pues el ejercicio autonarrativo, en tanto discurso, hace contemporáneos la vida y el relato que se hace de ella. El autonarrador bien podría contar-se a través de un diario o una autobiografía, pero, como se ha dicho, ello es esporádico, casi escaso. La narración oral de la existencia, en cambio, abunda en la configuración del sí mismo, incluso los analfabetas median la construcción de su identidad a través del relato compartido de sí que constituyen frente a y con los otros. Por eso el debate en torno a la relación oralidad–escritura será fructífero de cara a la narración y comprensión de sí siempre y cuando sea enmarcado en el de la transmisión de la tradición y la supervivencia de la cultura.

Lo que parece primero es la cadena habla–escritura–habla, o bien escritura–habla–escritura ... Esta cadena es la condición de posibilidad de una tradición, en el sentido fundamental de transmisión de un mensaje. ... la tradición es la dimensión histórica del proceso que encadena habla y escritura, escritura y habla. La escritura aporta el distanciamiento, que aleja al mensaje del hablante, de su situación inicial y de su destinatario primitivo. Gracias a la escritura, el habla se extiende hasta nosotros y nos alcanza con su sentido y con la cosa de la cual se trata, y ya no con la voz de quien la emite (Ricoeur, 2002, p. 116).

En suma, el habla y la escritura no se dan de manera aislada en el seno de una cultura, éstas hacen parte de una cadena de transmisión en la que no importa mucho cuál sea primero y cuál después, sino el aporte específico que cada una de estas formas de discurso hacen a la configuración individual y cultural, entendiendo escritura en sentido amplio —signos, inscripciones que se dejan interpretar de tal suerte que incluso el analfabeta quepa en esta relación permanente con la tradición—. El relato de sí es un relato siempre abierto al mundo, donde comienza y se consume, por eso pertenece a un orden del discurso que precede y acompaña, como cultura, la comprensión —en gran medida narrativa— de la misma comunidad a la cual se está vinculado. Lo que se quiere enfatizar apelando a la relación oralidad-escritura es entonces el necesario carácter de acontecimiento que debe tener el trabajo de autocomprensión narrativa, la actualización del texto configurado a través de la presencia simultánea del agente-narrador, el oyente y el

relato, donde la lectura “es al texto lo que el habla es a la lengua” (Ricoeur, 2002, p. 142). Sí importa entonces que el relato sea contemporáneo al narrador pues se trata de una construcción narrativa de la existencia (historia personal) que, haciéndose de manera discursiva, aporte a la configuración de sentido en el proyectarse personal.

Ahora bien, la narración de sí apela constantemente a la descripción de objetos, lugares y personajes como marco para poner de relieve propiedades que ayuden a una mejor interpretación del sí mismo, mostrar transiciones y ambientes. Por ello el ingrediente descriptivo es tan fuerte en esa configuración a manera de relato. Sin embargo, el olvido amenaza siempre con socavar esta reconstrucción narrativo-descriptiva de sí mismo, “la dialéctica entre memoria y olvido se manifiesta en el mismo relato, mejor dicho, en el carácter *selectivo* de la obra narrativa” (Rubio, 2000, p. 298),

nada en la vida real tiene el valor de comienzo narrativo; la memoria se pierde en las brumas de la infancia; mi nacimiento y, con mayor razón, el acto por el que he sido concebido pertenecen más a la historia de los demás, en este caso a la de mis padres, que a mí mismo. Y la muerte, sólo será final narrado en el relato de los que me sobrevivan; me dirijo siempre hacia la muerte, lo que excluye que yo la aprehenda como fin narrativo. (Ricoeur, 1996a, pp. 162-163)

Algo que lleva a preguntarse, entre otras cosas, cómo se apoya esta descripción y reconstrucción en la memoria y de qué modo se conecta con la valoración y la crítica en tanto memoria selectiva; cuáles son las limitaciones del ejercicio autonarrativo en tanto discurso, al fin de cuentas limitado, finito y falible; por qué el sí mismo tiene que apelar a la imaginación y a la metáfora en la lucha constante entre la decisión acertada, el deseo confuso y las consecuencias impredecibles de sus elecciones. Este artículo llega hasta el umbral en que nos colocan estas cuestiones. Para desarrollarlas se necesitaría abordar los dos niveles restantes que se mencionaron en la introducción.

## **REFERENCIAS**

Bruner, J. & Weisser, S. (1995). La invención del yo: la autobiografía y sus formas. En D. Olson & N. Torrance (Comp.), *Cultura escrita y oralidad* (pp. 177-202). Barcelona: Gedisa.

- Cassirer, E. (1996). *Antropología filosófica*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Harris, R. (1999). *Signos de escritura*. Barcelona: Gedisa.
- Havelock, E. (1996). *La musa aprende a escribir*. Barcelona: Paidós.
- López S., Ma. C. (1997). El paradigma del texto en la filosofía hermenéutica. *Pensamiento*, 53 (206), 215-242.
- Mejía T., J. M. (2003). *El teatro filosófico y la rapsodia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Olson, D. (1999). *El mundo sobre el papel*. Barcelona: Gedisa.
- Ong, W. (1999). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (1985). *Hermenéutica y Acción. De la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*. Buenos Aires: Docencia.
- Ricoeur, P. (1987). *Tiempo y narración I*. Madrid: Cristiandad.
- Ricoeur, P. (1996a). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1996b). *Tiempo y narración III*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999). El conflicto de las interpretaciones. En J. Valencia, *Hermenéutica* (pp. 136-150). Santafé de Bogotá: USTA.
- Ricoeur, P. (2002). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. 2º edición. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rubio F., J. M. (2000). Hermenéutica del sí mismo y narratividad. El problema de la identidad en Paul Ricoeur. En P. Gómez G. (Coord.), *Las ilusiones de la identidad* (pp. 253-307). Madrid: Cátedra.
- Tusón V., A. (1997). *Análisis de la conversación*. Barcelona: Ariel.

## **SOBRE EL AUTOR**

### **John Fredy Lenis Castaño**

Profesor asistente del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Áreas de docencia e investigación: hermenéutica, fenomenología, ética y filosofía de la educación.

Correo electrónico: johnlenisc@gmail.com

**Fecha de recepción:** 21-08-2009

**Fecha de aceptación:** 20-10-2009